



# VÍSPERAS

Revista panhispánica de crítica literaria

QUIÉNES SOMOS

RESEÑAS

ARTÍCULOS

ENTREVISTAS

HISTÓRICO – I

## Todas las noches de un día, de Alberto Conejero

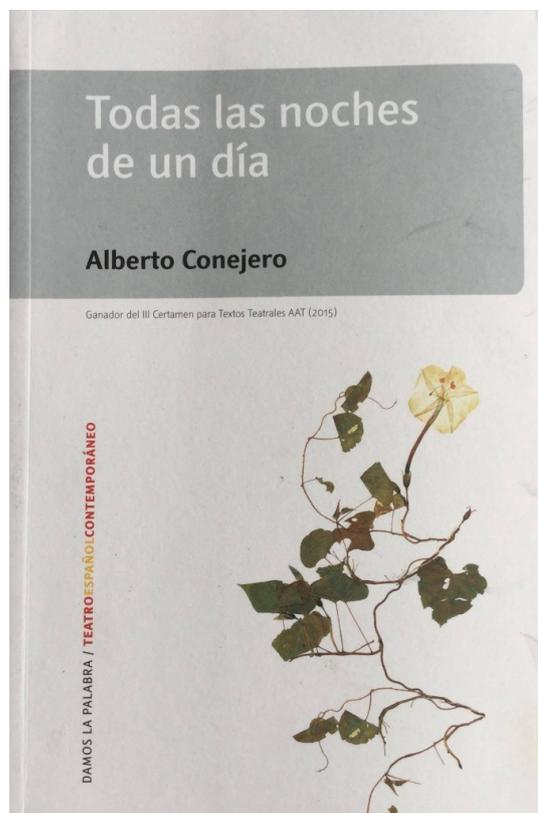
27  
MAR

POR SARA GONZÁLEZ RESEÑAS, TEATRO COMPARTE



Fotografía de portada: marcosGpunto

*«Mire estas plantas. ¿Qué están haciendo? Eso le parece. Que no hacen nada. Todo ese mundo vegetal que usted contempla tan tranquilo, tan resignado, está peleando, está peleando, está resistiendo, obstinado en una sola idea: liberarse de las raíces. Mírelas. Están prisioneras en la tierra, pero su espíritu lucha».*



Sumergirme en la lectura de *Todas las noches de un día* de Alberto Conejero (1978), en un espacio tan irreal como un tren en marcha, fue, sin duda, un acierto. Esta elegante e intensa obra de teatro pide al lector que se encuentre en un no lugar, en un espacio con límites difusos como es un teatro, como es el invernadero que contiene el mundo de Samuel y Silvia. Solo cumpliendo este requisito, el lector se encuentra en los epígrafes con sendas citas de Sylvia Plath y Pessoa que funcionan como un Virgilio/guía ofreciendo su mano para introducirnos en ese jardín cerrado donde parece que no pasa el tiempo. Dentro del invernadero el lector se sentirá a resguardo de las inclemencias del tiempo, pese a la oscuridad imperante en la escena primera, y la tormenta que se gesta y explota en la escena quinta. Y verá pasar ante sus ojos presente y pasado de dos vidas que corren paralelas unidas por ese espacio que se resiste a existir.

Dos nombres aparecen en el *dramatis personae*, dos son los personajes que aparecen en escena y sostienen la acción. Sin embargo, cada uno de ellos trae consigo muchos otros que lo acompañan en los momentos fundamentales de la trama: Silvia carga con los fantasmas de su padre, su prometido y su tío, pesadillas terribles y condena a muerte. Los

hombres de la vida de Silvia, puestos en orden cronológico, son la perfecta gradación del amor in crescendo. Su padre, en una imperdonable muestra de crueldad, le destruyó la vida y eso marcó en adelante todas sus relaciones; su prometido, elegido expresamente para ello, le es infiel y la abandona finalmente; su tío le ofrece refugio en su casa y vela por ella, pero desde la distancia fría que imponen las viejas jerarquías familiares. No será hasta encontrar a Samuel cuando Silvia se sienta amada de verdad, y entonces ya es demasiado tarde.

Por su parte, Samuel arrastra consigo a su madre, su padre y a la propia Silvia, voces y recuerdos de una vida frustrada que no consigue acallar: su madre siempre en contra de cada decisión tomada; su padre ausente quien, sin saberlo ni querer, lo modeló a su imagen y semejanza; Silvia, el amor no correspondido. Además, Samuel está amenazado en el presente de la acción por ese interlocutor in absentia que lo acompaña a lo largo de toda la obra y lo interroga: ¿un policía? Lo averiguamos a medida que avanza la trama y comprobamos que Samuel está inmerso en un interrogatorio que lleva a cabo este personaje, que no existe en su mundo, pero que lo ha invadido sin permiso. Este interlocutor que necesita saber qué ha pasado, tanto como el público, es fundamental en la obra, es el trasunto del lector/espectador en escena, y con él consigue que avance la historia.

Como ya he adelantado, encontramos solo dos personajes en el *dramatis personae*; esto podría hacernos intuir una estructura dialógica sencilla en la que Silvia y Samuel intercambian sus papeles de emisor y receptor sucesivamente y de forma ordenada. Sin embargo la situación comunicativa no es tan sencilla como podría esperarse. La mayor parte del diálogo no se atiene a ninguno de los tres tipos de buclage tradicionales. El interlocutor principal de Samuel no es Silvia, sino el agente de policía que lo interroga, personaje latente que primero se intuye y acaba por revelarse. Por su parte, Silvia se dirige continuamente a Samuel, pero este no se da nunca por aludido: lo que en un principio parece un diálogo digno del teatro de la incomunicación y la inefabilidad de Harold Pinter o del absurdo hispanoamericano – Griselda Gambaro, José Triana –, se resuelve con la evidencia de que ambos personajes no se encuentran en el mismo plano y jamás podrán volver a mantener otra de esas tantas conversaciones que ambos recrean para sí mismos en escena.

«El mundo se había roto mucho antes de llegar a este invernadero, aquella noche cuando/ Hay cosas que no se pueden nombrar. El mundo se rompió y yo decidí quedarme aquí, con mi tío. Y luego contigo. Alcé la mano y dije: aquí terminan las horas, aquí terminan las palabras, aquí terminan todas las noches de un día. Yo soy la dueña de mis fantasmas. ¿Quién puede entender eso?»

Hay dos grandes sucesos en las vidas respectivas de los personajes que hacen que su mundo se rompa, como dice Silvia en la cita anterior. Los mundos de Silvia y Samuel se rompen a la vez que su capacidad de amar, cuando se mezcla el amor con la violencia o la muerte. Silvia muere dos veces en la historia: la primera vez cuando su padre le rompe el corazón y el alma marcando su vida para siempre con la peor de las consumaciones del incesto; la segunda vez, es la muerte dulce y deseada, fruto del profundo amor que siente Samuel hacia ella, del acto valiente de un enamorado que consigue que se reconcilie, en el último aliento, con todos los pedazos de sí misma quedando por fin y para siempre unida.

*«Yo fui. Alcé la mano y dije: este jardín será mi casa. Levanté una alambrada y afuera dejé el tiempo. A veces, cuando sopla el viento, las púas arrancan girones y quedan allí, arriba, sangrando: rotos de los meses, de las estaciones, de los cumpleaños, de los días en que la luz brillaba. [...] ¿Por qué esperar, Samuel? Quiero hundir las manos y llenar mis heridas de la tierra limpia. Sola, de pie, con el vientre lleno de raíces, y los ojos abiertos a las constelaciones. ¿Por qué hay siempre que esperar? ¿Por qué una mujer no puede decidir cuándo irse?»*

El mundo de Samuel se rompe con la muerte. Con la muerte de su padre desaparece todo lo que él es, porque si él es jardinero, si él va a trabajar a casa de Silvia, si él se encierra para siempre en ese invernadero, es porque lo aprendió de su padre. Tras la muerte del padre, Samuel acaba recluido para siempre en el espacio del invernadero, el jardín cerrado, cárcel y paraíso del personaje. Con la muerte de Silvia Samuel queda, además de roto en mil pedazos, condenado a una cárcel y una penitencia reales, opuestas por completo a la reclusión y estoicismo mártir al que él mismo se condenó al comenzar a trabajar con esas plantas.

Escrita desde la belleza de la verdad y la poesía, con la delicadeza de un jardinero que riega, poda, cuida, limpia y habla con sus plantas, *Todas las noches de un día* se convierte en una afinada y genial obra de teatro; una conversación mantenida a lo largo del tiempo y del espacio entre dos personas que, como dos flores, intentan liberarse de todo lo que las mantiene atadas a la tierra. ¿Quién puede entender eso? Quien pueda entenderlo sabrá deleitarse con la delicada artesanía de las palabras que lleva a cabo Alberto Conejero en estas páginas.

ALBERTO CONEJERO LITERATURA ESPAÑOLA TEATRO



SARA GONZÁLEZ

Filóloga apasionada por el teatro y la poesía desde el principio de los tiempos hasta la más reciente actualidad. Estoy construyendo un doctorado que acabará por especializarme en las vanguardias históricas y la literatura comparada con otras artes. Mi trabajo se confunde con el tiempo libre entre poemas y aforismos que leo, a menudo, en asientos numerados de cines o teatros mientras escucho esa música de cortesía que da el aviso: “Quedan cinco minutos para que comience la representación”.



< ENTRADA ANTERIOR

Roberto Bolaño, el nuevo camino del doble: Estrella distante

SIGUIENTE ENTRADA >

El cielo oblicuo, de Belén García Abia



TODAVÍA NO HAY COMENTARIOS

## ¡DANOS TU OPINIÓN!

Escribe tu comentario aquí

Nombre

Correo electrónico

Website

ENVIAR

Contacto:

Staff técnico

VISPERAS.DIRECCION@GMAIL.COM | ISSN 2386-4273